

Libros del Asteroide



Tetyana Ogárkova Volodímir Yermólenko La vida en el límite

Ser ucraniano hoy

Traducción de Catalina Martínez Muñoz



Prólogo

Este libro ha nacido de nuestros viajes por Ucrania. Al comprender que podíamos perderlo todo, hemos explorado la geografía de nuestro país; al entender que el enemigo quería privarnos de nuestra memoria, hemos sondeado las profundidades de nuestra historia.

A lo largo de nuestros años de formación, ambos pasamos temporadas en el extranjero con frecuencia. Cursamos los estudios superiores en Ucrania, pero también en Budapest y París, y fue en Francia donde defendimos nuestra tesis doctoral en filosofía política y literatura antes de volver a Kyiv* para ejercer la docencia en nuestra *alma mater*, la Academia Moguila - Universidad Nacional de Kyiv. Las becas académicas y los congresos internacionales marcaron la pauta de nuestros desplazamientos. Profesores, investigadores, padres de tres hijos, habríamos podido pasar el grueso de nuestra vida entre una biblioteca y un anfiteatro lleno de estudiantes.

* En esta edición se ha optado por emplear una transcripción simplificada de los nombres propios ucranianos al castellano, siguiendo las recomendaciones de la Fundéu. Los topónimos aparecen vertidos al español a partir de las formas ucranianas, de manera que se utiliza, por ejemplo, «Kyiv» en lugar de «Kiev». (N. del E.)

La primera etapa de la guerra rusa contra Ucrania (2014-2022) nos transformó, sin embargo, en ciudadanos activos y comprometidos, además de periodistas. A raíz de las protestas del Maidán, entre 2013 y 2014, abandonamos las aulas para tomar la plaza central del país, junto a nuestros estudiantes. Sin descuidar la enseñanza, nos sumamos a distintas organizaciones no gubernamentales con el objetivo de explicar la realidad de Ucrania a la opinión pública internacional y de contar la historia que nacía ante nuestros ojos.

La invasión rusa a gran escala de 2022 nos ha convertido en viajeros infatigables. En el invierno y la primavera de 2022, cuando miles de ucranianos, sobre todo familias con niños, huían de la guerra hacia Occidente, nosotros tomamos la decisión contraria. Nos quedamos en Ucrania, con nuestros hijos, y, en abril de 2022, nos pusimos en camino hacia el este y el sur. Los viajes, tan numerosos en este libro, son una forma de amor a la tierra. Esto no es una huida de la vida cotidiana sino un intento de profundizar en ella, de hacer un movimiento hacia los demás, que son también los nuestros, y por tanto, en definitiva, un movimiento hacia uno mismo.

En tres años y medio de guerra rusa a gran escala contra Ucrania, hemos hecho más de cuarenta viajes por los territorios liberados o próximos al frente: al norte, al este y al sur. Hemos estado muchas veces a escasos kilómetros del enemigo. Estos viajes obedecían a fines humanitarios (la mayor parte de las veces, suministrábamos vehículos a los militares y libros a la población civil) e informativos: realizábamos reportajes en distintos idiomas para documentar los crímenes cometidos por los rusos en Ucrania y sus consecuencias. Ploske, Bóbrík, Rusaniv, Nova Basán, Járkiv, Borodyanka, Chernígiv, Makáriv, Motizhin, Búzova, Gorenka, Moshchún, Irpín, Bucha, Dergachí, Bezruki, Izyum, Kapitólivka, Odesa, Koróbchine, Kámyanka, Dolina, Sloviansk, Mikoláyiv, Jersón, Kramatorsk, Sviatogorsk, Sumi, Trostianets, Ojtirka, Glújov, Dnipró, Níkopol, Krivi Rig,

Limán, Bogoródichne, Dovgenke, Druzhkivka, Konstantínivka, Yatskivka, Zaporíyia, Goptivka, Prudivka, Slátine, Nechvolódivka, Kupiansk, Bilenke, Verbivka, Balakliya, Zalimán, Shevchénkove, Blagodatne, Posad-Pokrovske, Pervomaisk, Yágidne, Zelénivka, Apóstolove, Zelenodolsk, Márganets, Velika Novosilka, Komar, Vréshivka, Ternuvate, Novovorontsovka. Todos estos nombres son ya sinónimo de Ucrania.

Si bien este libro habla mucho de lo que hemos visto y oído, no es un reportaje al uso. Es un texto filosófico o, más bien, una tentativa de reportaje filosófico. Un intento de dar sentido a la realidad de esta guerra. A los pilares conceptuales sobre los que reposa la existencia humana. A la manera en que estos conceptos se manifiestan entre las personas afectadas por la guerra.

Esta obra no abarca más que una pequeña parte de nuestra experiencia. Muchas cosas han quedado fuera de su alcance. Para nosotros, humanistas ucranianos, es importante seguir pensando durante la guerra, dentro de esta guerra, a pesar de la inmensidad del dolor. Seguir hablando. Seguir siendo, según la expresión de Aristóteles, *zoon logon echon*: seres vivos dotados de la facultad de pensar y de articular los pensamientos mediante palabras. Seguir reflexionando y actuando.

La vida en el límite

No hay límite: solo hay una frontera
y un objetivo,
inasible, cercano y afilado,
tan sencillo y tan elevado.

KATERINA KALITKO

Porque este amor,
como los cuchillos romos,
el amor amargo que
se convierte en tuyo
vive gracias a quienes
se encuentran en el límite.
Y a quienes
están aún más allá.

ARTUR DRON

Hoy, entre Kyiv y el frente, hay ocho horas de viaje por carretera en dirección este o sur. En dirección norte, hacia la frontera con Rusia o Bielorrusia, tres horas bastan.

Un tanque es más lento que un coche. Por eso a veces tenemos la impresión de que la distancia que nos separa del peli-

gro real es grande. Pero los misiles y los drones enemigos vuelan a una velocidad muy superior a la de un coche. Por eso, a veces, el barrio en el que uno vive se convierte en el epicentro de esta guerra.

Todos los habitantes de Lviv y de Kyiv, de Kremenchuk y de Drogóbich, de Rivne y Jmelnitski han oído, al menos en una ocasión, cómo pasaba la línea del frente a unos metros de distancia. En la maternidad de Dnipró. En el supermercado de Kremenchuk o en las guardería infantiles de Brovarí.

Nada nos devuelve a la realidad tanto como un viaje en coche hacia el frente. En los primeros doscientos kilómetros, dejamos atrás los embotellamientos de la capital. A cincuenta kilómetros del frente, los vehículos civiles empiezan a escasear, y, a treinta kilómetros, la presencia de vehículos militares es claramente superior.

Cada vez son más las viviendas y los edificios que muestran las marcas de los proyectiles. Casas heridas, ciegas; a medida que nos acercamos a la frontera, hay cada vez menos ventanas intactas. Es como si hubieran dejado de mirar el mundo exterior para volver la mirada hacia dentro, para mirarse a sí mismas.

El alumbrado público, los colores y los rostros humanos desaparecen de las calles. También los niños y los jóvenes. Los civiles envejecen rápidamente según nos vamos acercando al límite, hasta que solo quedan los que no pueden irse, los que han echado raíces profundas en su tierra, como árboles centenarios. Estas personas son una extensión de sus viviendas, rehenes de su geografía, de su historia.

Cuanto más cerca queda el límite, más se enrarece la realidad: hay menos gente, menos movimiento, menos vida. Una persona en la calle es un acontecimiento. Una cafetería abierta, el centro de un barrio desierto. Un vehículo militar nos adelanta a toda velocidad: acción. El ruido habitual de la ciudad queda ahogado por las explosiones a lo lejos. Cuanto más cerca queda el lí-

mite, más deprisa se circula, porque todo el mundo sabe que la muerte aquí es más rápida que nosotros. Hasta el aire se vuelve peligroso.

¿Quiénes son las personas que se han quedado aquí, en el límite? ¿Quiénes son las personas que acuden hasta aquí?

Aquí se quedan las que no pueden hacer otra cosa. ¿Cómo irse de Izyum cuando uno ha enterrado aquí a sus tres hijos pequeños y a sus padres en un cajón construido con sus propias manos, con alfombras y tablas de madera?

¿Cómo dejar el barrio de Korabel, en Jersón, cuando hay que cuidar de una mujer de noventa y nueve años que está postrada en un apartamento con las ventanas tapiadas con tablas de contrachapado, a solo unos kilómetros de las posiciones enemigas? No queda más remedio que aferrarse a la idea de que esta mujer cumplirá los cien años y el enemigo acabará por retirarse.

Los vecinos de Jersón que han sobrevivido a la ocupación y a la inundación viven bajo tierra. Allí organizan ahora exposiciones y leen libros. Desafiando a la muerte que, en lugar de la lluvia, cae del cielo. Han bombardeado sus bibliotecas y ellos hacen *bookcrossing* en los portales de los inmuebles del barrio de Óstriv.

Los vecinos de Kámyanka, cerca de Izyum, viven entre las ruinas de sus casas, con las entrañas al descubierto. Limpian sus jardines de minas antipersona y procuran poner orden en casa, centímetro a centímetro. Con los materiales que reparten los voluntarios. Con lo que les donan los militares. Salvan la vida de la muerte, con paciencia y detenimiento, conscientes de que sus vidas no serán suficientes para reconstruirlo todo.

Los vecinos de Velika Novosilka, Velika Yanisol (este nombre griego nos recuerda que estas tierras estuvieron un día pobladas por los griegos expulsados de Crimea por Catalina II), han sobrevivido a la invasión rusa de 2022. Aquí, como en otros luga-

res, empezó la contraofensiva ucraniana, en el verano de 2023. Ahora, en el invierno de 2024, a diez kilómetros del frente, atienden a sus animales domésticos, trabajan la tierra y elaboran mermeladas que ofrecen con insistencia a las visitas. Aquí, en este *chornozem** meridional, todo crece. Es una tierra negra y fértil como la energía vital primigenia. Hoy, cuando publicamos este libro, Velika Novosilka está ocupada por los rusos. Que aniquilan esta vida, sin piedad.

Los vecinos de Izyum vienen a llorar a sus muertos, sepultados bajo los escombros del edificio de la calle del Primero de Mayo (hoy calle del Recuerdo), donde cincuenta y dos personas fueron asesinadas de un plumazo por una bomba aérea rusa de quinientos kilos. Acuden a recordar la muerte lenta de su vecino del segundo piso, atrapado entre los escombros. A recordar al joven que se negó a salir, porque la explosión le había arrancado el rostro: ya no podía ni hablar ni comer.

Los vecinos de Járkiv escriben poemas en las paredes de su ciudad.

Los vecinos de Posad-Pokrovske organizan colectas de libros para una biblioteca que ya no existe.

Los vecinos de la ocupada Pologi les recitan sus poemas a quienes hoy se encuentran al otro lado del frente. Por teléfono.

Estas personas se han quedado en el límite.

Este límite está controlado por los militares. Adultos que visiten el Pixel,** arrancados de sus hogares para pasar meses en el frente: arriesgan su vida, cumplen órdenes, duermen en casas ajenas, en trincheras, en búnkeres.

Recrean, a partir de cero, una comunidad nueva, con sus reglas y su orden, con sus vínculos, su humor, su fraternidad, su

* Tierra muy fértil, de color negro, característica de las estepas de Ucrania (al sur y el este del país). (*Salvo que se indique lo contrario, todas las notas son de la traductora de la edición francesa, Louise Henry.*)

** Uniforme de camuflaje de las Fuerzas Armadas ucranianas.

sororidad y sus derrotas cotidianas. Hablan su propio idioma, cada vez más impenetrable para los civiles. En cada rincón de esta zona fronteriza nace una nueva Sich.*

Entre los adultos de camuflaje, hay algunos dotados de una fuerza interior muy singular. Son los que miran más allá del límite, hacia donde está su hogar.

Para ellos, combatir en el límite es combatir también por aquello que se encuentra más allá del límite. Por el jardín de tu niñez, que sigue bajo ocupación. Por los álamos del patio del colegio, que te recuerdan a tu primer amor. Por el bosque de los alrededores de Mariúpol o por la casa de Starobilsk, que acababas de reformar, y donde ahora vive el ocupante. Por la colección de *vishivankas*** que se quedó en el armario, en Polohi. Porque los vecinos han contado que los ocupantes también habían fusilado a las *vishivankas*, llevados por el odio a todo lo ucraniano, incluso a la ropa.

Allí, más allá del límite, sigue habiendo muchas cosas que son nuestras. Que todavía hay que intentar recuperar. «No hay límite: solo hay una frontera y un objetivo, inasible, cercano y afilado, tan sencillo y tan elevado», dice para ellos la poeta ucraniana Katerina Kalitko.

Este límite atraviesa nuestro país. Para muchos de nosotros, hace dos años, se encontraba muy cerca. La destrucción de Irpín, de Borodyanka, de Moshchún nos lo recuerda hoy. Ahora está algo más lejos. A unas horas por carretera.

Donde quiera que esté, ha dejado de ser una metáfora. Igual que la muerte, el vacío, la pérdida. Estas palabras vuelven a cobrar su sentido original. Y dejan heridas y quemaduras a su paso.

* Antigua fortaleza que servía de «capital» a los cosacos zapórogos. La Sich de Zaporihia se encontraba en una isla fluvial situada en el río Dnipró. Fue destruida en 1775 por orden de Catalina II de Rusia.

** Camisa bordada del traje tradicional ucraniano.

Allí, en el límite, la vida, que tutea a la muerte, traza sus fronteras con mayor claridad aún. Se percibe con mayor claridad dónde termina ella y dónde empieza el no ser. Allí donde el silencio de la nada nos aplasta.

La vida en el límite es el límite de la propia vida, el lugar donde la vida lucha encarnizadamente para defenderse y defender cada milímetro que le pertenece. La vida en el límite es la vulnerabilidad de nuestro cuerpo, la fragilidad de nuestras ciudades, la constancia de nuestros cuidados.

Lo que ocurre en el límite determina todo lo demás. El límite no es la periferia de un centro: es centro. Su ritmo es el de su corazón. Bombea la sangre de la que depende todo el organismo.

El límite es el lugar donde todo comienza, no donde todo termina.

En el límite, nuestro mundo no desaparece. Nace.

Sí, allí, en el aire enrarecido por el peligro, nacen la calma y la seguridad que permiten a millones de personas, cuando cae la noche, poner el despertador, planificar su jornada de trabajo, cerrar sus citas para el mes siguiente.

En el límite, en la imperturbabilidad del francotirador que acecha, inmóvil, al enemigo, y en los precisos movimientos de la infantería, que se esconde bajo tierra y no tiene permiso para abandonar sus posiciones, nace la libertad de movimiento que permite a millones de personas fuera de Ucrania comprar un billete de avión para París o Toronto y volar hacia otros horizontes.

En las ciudades y los pueblos destruidos nace nuestro respeto al medio ambiente, el que obliga a los Gobiernos europeos a limitar las emisiones de CO₂ y a poner en marcha nuevos programas ecológicos. Todo esto nace allí donde estaba Baba Nina, que, a sus ochenta y cinco años, ha sobrevivido milagrosamente al impacto de un obús sobre su casa, en el pueblo de Koróbchine. Se ha quedado a vivir en su cocina de verano, y no quiere dejar las ruinas, porque allí es donde viven sus perros, que para ella son su familia.

Sí, allí, donde los equipos de evacuación médica, exponiéndose a un peligro mortal, trasladan a un herido desde las posiciones de combate hasta el punto de estabilización, nace el amor que vive en nuestras manos cuando sostenemos a un recién nacido y deseamos que esa nueva vida sea larga y feliz, que resista todas las pruebas y se perpetúe.

Allí, en el límite, la gente se obstina en hacer las cosas en las que cree. Tiene la valentía de ser lo que para otros no es más que convicción. El valor de encarnarlo, de plantarle cara al mal, de erigirse en barrera para proteger al resto del mundo. El mundo que compartimos. Para comprender Ucrania hay que estar en el frente, ir al frente, ayudar al frente. Para comprender Europa hay que comprender Ucrania. Ucrania es al mundo libre lo que el frente es hoy a Ucrania. Es este límite, que es centro. Aunque este centro sangre.

Escuchemos a ese límite. No es la vida que se apaga. Es la vida que nace.

Hoy creemos que el límite se encuentra a ocho horas de viaje por carretera. Pero, en realidad, pasa por nosotros. Siempre pasa por nosotros.

La realidad

A la salida del pueblo de Bóbrík, cerca de Kyiv, encontramos un coche aplastado. Lo que antes era un modesto automóvil ha quedado reducido a un amasijo de metal informe. Un escarabajo de hierro espachurrado. Un tanque ruso le ha pasado por encima. El alcalde del pueblo vecino consiguió saltar del vehículo unos segundos antes.

Los coches aplastados por tanques rusos son un espectáculo frecuente en esta guerra. Bucha, Irpín, Gostomel: cada una de estas pequeñas ciudades tiene su «cementerio de coches», esos vertederos de chatarra. Normalmente, los coches están acribillados con balazos y metralla de obús. A veces había personas dentro.

¿Por qué quieren los conductores de estos tanques rusos «aplastar» sistemáticamente estos vehículos? ¿Por qué aplastarlos además de ametrallarlos, además de matar a sus pasajeros, que intentaban huir de la guerra? Tal vez se sientan tan débiles que necesiten convencerse de su fuerza. Tal vez consideren a los ucranianos como simples insectos, parásitos a los que pisotear, y disfruten al oír cómo se rompen sus frágiles caparazones. Tal vez se crean personajes de un videojuego desprovisto de todo límite razonable. Tal vez les dé envidia que, en las zonas rurales de Ucrania, la gente tenga coches y las calles de los pueblos estén asfaltadas.

Se puede aceptar cualquiera de estas explicaciones, o todas ellas. Dan testimonio de un mismo síntoma: los rusos están en guerra con la realidad. Odian tanto la realidad que no pueden soportarla. El coche de un campesino ucraniano es la encarnación de una realidad antipática, insoportable, ilegal. No basta con matarla. Hay que aplastarla como a un insecto. Con la fuerza de sus botas. Con la fuerza de sus tanques, que son incapaces de crear nada. Con la fuerza de su envidia de la existencia.

La guerra modifica nuestra comprensión de lo que es real y lo que no lo es. Convierte en realidad lo que hasta entonces parecía imposible. El impacto de un misil contra un centro comercial por el que pasean centenares de personas (Kremenchuk); el bombardeo de una estación en el momento en el que decenas de personas esperan al tren (Kramatorsk), los muertos en guaridas subterráneas, tras ser sometidos a torturas inhumanas (Bucha); los civiles amontonados durante semanas en el sótano de un colegio, como animales en un vagón de mercancías (Yágidne); la destrucción de las ciudades y las fosas comunes, con miles de cadáveres (Mariúpol): hace solo unos años, todo esto nos parecía imposible. Creíamos que la repetición del Holocausto o del Holodomor* era imposible. Hoy todo esto existe; hoy, todo esto es una realidad implacable. Y contradice todas nuestras antiguas representaciones de lo posible.

Los habitantes de Chernígv nos cuentan cómo es la vida en la ciudad cuando llegan los peores bombardeos. El dinero ha

* Hambruna orquestada por Stalin entre 1932 y 1933 para exterminar a la población campesina ucraniana. Muchos historiadores coinciden en que hubo cuatro millones de víctimas en Ucrania, el equivalente a la quinta parte de su población rural. El Holodomor fue reconocido como genocidio por el Parlamento Europeo en 2022 y por Francia en 2023. España lo reconoció en 2024.

perdido su valor. La gente practica el intercambio, la antigua economía de trueque que da valor monetario a las cosas más inesperadas, como los cigarrillos. O la comida: la guerra no nos deja elegir. Uno podría verse en la situación de que el pollo que reparten los voluntarios sea el único alimento disponible. O las gambas, porque es lo que queda en las tiendas. Ya no hay nada, solo gambas. La única realidad disponible son las gambas.

La guerra amputa la realidad muy deprisa. La despoja de buena parte de sus colores. Las cosas más banales se vuelven inaccesibles. Cuando en Mariúpol se quedaron sin agua, la gente derrería la nieve que quedaba en la ciudad a principios del mes de marzo. La crudeza del frío hacía las noches insoportables, pero también prolongaba la posibilidad de salvación: podían transformar la nieve en agua. Un milagro no menos prodigioso que la transformación del agua en vino.

En tiempos de guerra, la realidad se contrae y solo alcanzamos a ver un pequeño fragmento de ella iluminado por el foco del proyector de nuestra conciencia herida. Ese fragmento destaca entre todos los demás como un rayo de luz en la pintura barroca. Y entonces solo vemos lo que está iluminado por ese rayo divino. La amplitud de la realidad a la que estamos acostumbrados en tiempo de paz ya no existe. El espacio formado por los países, los mares y los continentes se convierte en un espacio de coordenadas bien definidas. La realidad se empobrece al tiempo que se afila. Lleg a cortar. Hier e.

Aquí, la realidad hier e, corta, explota, atraviesa, destripa. Conduce únicamente al infierno o al paraíso.

En tiempos de paz, habitamos la pluralidad de los mundos posibles. Uno puede escapar de un lugar para refugiarse en otro. Pasar del mundo diurno de la rutina al mundo nocturno de los placeres. Del ambiente laboral en las ciudades asfaltadas al del descanso a la orilla del mar. Del mundo del «aquí y ahora» al

mundo de «ahí y entonces», cuando vemos por la noche una serie como *Los Borgia* o *Los Médici*.

En tiempos de guerra, esta pluralidad desaparece. De la noche a la mañana, ya no es posible huir a ninguna parte. No es posible coger un avión para irse a otro país. No es posible abrir un libro y evadirse con la lectura. No es posible, de noche, ver una película. En nuestro ánimo no hay espacio para una película. En nuestra geografía mental no hay espacio para soñar con esos lugares donde hace sol y la vida se disfruta. Incluso cuando alguien nos propone ir a otra parte, nos encogemos de hombros: ¿para qué? De repente, percibimos nuestro país como un recién nacido al que no podemos abandonar bajo ningún concepto. De repente, sentimos que, si cruzamos la frontera, todo se derrumbará. Que los planetas dejarán de girar.

Este concepto de los mundos posibles solo puede surgir en tiempos de paz. Leibniz, su creador, solo podía haberlo gestado en Europa, después de las guerras de religión. En una Europa que por fin podía permitirse un suspiro de alivio.

Este concepto no podría haber nacido, por ejemplo, en Shakespeare. En las obras de Shakespeare, como en las de Sófocles, Racine o la poeta y dramaturga Lesya Ukrainka (1871-1913), no hay mundos posibles. No hay nada más que esta realidad inmisericorde de la que no es posible huir. Que nos matará, tarde o temprano. Que aplastará nuestras esperanzas. Y la odiamos, por su crueldad.

Aun así, la amamos, dado que no tenemos otra cosa. Hoy, mañana y pasado mañana, no tenemos otra cosa que esta realidad.

La guerra se parece mucho a una obra en verso. El teatro es, quizá, el más honesto de los géneros literarios. Un género en el que no hay nada superfluo. Ninguna descripción, ningún paisaje; ni mundo interior ni mundo exterior. No hay nada más que acción. Y cada acción, cada segundo de cada acción, lo cambia todo.

En el teatro, el cambio es posible, pero se desarrolla de manera vertical en lugar de horizontal. El teatro pone el mundo al revés, hace que la pirámide se apoye sobre su vértice. Eleva su base y derriba su cúspide. En el teatro, uno puede encontrarse al mismo tiempo en «las alturas y en los abismos»,* no hay término medio.

Esto es exactamente lo que nos pasa. Nuestra realidad es estrecha, como un sendero al borde de un precipicio. Y, en ella, el cielo se invierte. Eleva a quienes estaban abajo y tira al suelo a quienes estaban arriba. Es la realidad del temblor de tierra, la realidad de la descarga de artillería.

En Járkiv, en el barrio-cicatriz de Saltivka, el más castigado por los combates, vimos cómo un coche salía volando a varios metros de altura por la onda expansiva de una explosión. Aterrizó sobre el techo de un garaje. Y allí seguía.

En el vídeo del ataque a Kremenchuk se ve la lluvia de hierro y hormigón que cae sobre los clientes del centro comercial, diminutos como insectos. Granizo que cae del cielo.

Vivimos en esta realidad de la onda expansiva. Hemos salido volando por los aires, como seres indefensos. Y no sabemos si acabaremos colgados de las alturas o estrellados.

La guerra nos transforma rápidamente en testigos. En quienes han cruzado la fractura de la historia. Cuando somos testigos, podemos contar muchas cosas. Pero a menudo perdemos la capacidad de hablar, porque quizá no haya motivo para contarlo. O porque no logramos encontrar las palabras necesarias. O porque las necesarias no existen.

Intentamos contarnos historias. Las escuchamos, las intercambiamos. El intercambio de historias se ha vuelto más valioso que

* Título de una colección de poesía del poeta ucraniano Iván Franko (1856-1916), publicada en 1887. Las «alturas y los abismos» de Franko son los del alma humana, en su eterna búsqueda de justicia, felicidad y libertad.

el intercambio de objetos. Las palabras, hoy, son más valiosas que el dinero.

Es entonces cuando comprendemos lo que es la historia. La historia es lo que nos ocurre en el instante en el que podemos dejar de ser. La historia es avanzar como un funambulista al borde del abismo del no ser.

Finalmente, siempre es una historia de vida y de muerte. La historia de quienes estuvieron a punto de morir y han cruzado el abismo. O de quienes se lanzaron al abismo. De quienes han muerto por los demás.

En tiempos de guerra, la gente no se limita a morir. Se muere siempre por alguien. La muerte deja de ser un asunto privado. Nos entristece, y también nos obliga. La muerte es un comienzo, no solo un final.

En tiempos de guerra, tomamos conciencia de que hoy no hemos muerto gracias a que han matado a otro. Alguien ha protegido nuestra vida entregando la suya. Cada muerte es un vínculo. Cada muerte nos hace crecer. Cada muerte nos enriquece con un nombre. Crecemos gracias a ellos, a los nombres de los nuestros.

Queremos que esos nombres echen raíces. En el cielo.

Sí, es paradójico. En tiempos de guerra, la realidad se contrae y se expande al mismo tiempo.

Nuestra realidad no es más que un pequeño fragmento iluminado por un proyector. Y, al mismo tiempo, de repente, sabemos muchas más cosas que antes. Conocemos muchos más nombres. Nombres de ciudades y de pueblos. De equipamiento militar. De técnicas de supervivencia. Nos escribe gente del mundo entero. Gente a la que no llegaremos a conocer jamás da las gracias a nuestros compatriotas.

En tiempos de guerra, todos nos convertimos en operadores de telecomunicaciones. La vida pierde su sentido si no está conectada con la de los demás. El «expresarse uno mismo» ha deja-

do de ser algo valioso para nosotros, porque hace mucho tiempo que dejamos de expresar nuestra singularidad. Lo que nos da fuerzas es perseverar, no emprender algo nuevo; es pasar el testigo, no terminar algo. Ser un eslabón de la cadena. Hacer lo que no hemos iniciado y que no nos corresponde terminar. Así, nuestros microcosmos devienen macrocosmos. Así, nos perdemos, para encontrarnos.

Los rusos no están en guerra contra Ucrania. Tampoco están en guerra contra Europa. Están en guerra contra la realidad.

La desinformación y la mentira son el caldo de cultivo de su pensamiento, el aire que respiran. A una periodista que le preguntaba qué esperaba del futuro próximo, una vecina de Moscú le responde: «Alegría». Las bombas de quinientos kilos lanzadas sobre pueblos y ciudades de Ucrania por la aviación rusa; los edificios residenciales que se desmoronan como castillos de naipes y sepultan a sus vecinos; los civiles asesinados de un disparo en la nuca en los sótanos: todo esto, claramente, puede ser motivo de alegría. Otro ruso dice que ha dejado de hablar con su familia ucraniana, porque leen «las mentiras de Telegram». Gritamos en el idioma de las personas muertas y las ciudades destruidas que vemos con nuestros propios ojos, que nos persiguen en sueños y nos torturan de noche. Que nos dicen: «Leéis las mentiras de Telegram».

Es absurdo y aterrador, pero es cierto. Esta es también la «realidad» rusa, que se empeña en declarar la guerra a la realidad. A los hechos, a la verdad, a lo real.

¿Cómo combatirla? Volviendo a la vida. Rozando la áspera superficie de la existencia. Su sencillez material. Su carácter irrefutable. Hay que verlo todo con los propios ojos. Hay que sentirlo todo y tocarlo todo. No hay que dejar que las «mentiras de Telegram» ni los programas de humor de la televisión modelen nuestra «visión del mundo». Hay que zambullirse en

el río de lo real, lisa y llanamente. Descender a sus profundidades como a una mina.

La realidad está ahí, cerca de nosotros, por debajo de nosotros, por encima. En muchos casos es cruel, a veces es banal, pero siempre es irrefutable. La realidad de la guerra nos recuerda que algunas personas pueden volver a su estado animal. Y que todos podemos morir en cualquier momento. También nuestros hijos.

A pesar de todo, los ucranianos se aferran a la realidad. La realidad de la tierra, la realidad de sus pueblos, la realidad de sus jardines. Nunca hemos querido irnos de aquí. Nuestra metafísica es material; nuestra filosofía está teñida de literatura; nuestra abstracción ha nacido del arte popular.

«Hundidos hasta las rodillas en la tierra, caían y se levantaban en vertiginosa multitud...», * escribió hace más de cien años Vasil Stefánik. «La tierra gemía bajo el latido de sus corazones».

«Hundidos hasta las rodillas en la tierra.» En los brazos de la tierra, que gime «bajo el latido de sus corazones». Los ucranianos se han fusionado con la realidad. Han echado raíces en ella.

Tal vez sea esta la razón por la que resulta tan difícil vencerlos.

* Fragmento de *El camino*, de Vasil Stefánik (1871-1936).